

él, una verdadera energía. Por lo contrario, el orgullo napoleónico y grandes intereses franceses estaban comprometidos, aunque indebidamente, en la empresa imperial intervencionista. Además, Napoleón tenía en Méjico, más de treinta mil hombres. Había pues, probabilidades, aunque remotas y escasas, de que el Emperador francés afrontara la guerra, y solo podría usarse, sin temor, una energía más aparatosa que real, dado que, como se sabe acertivamente, Seward propendía resueltamente á la paz.

El servicio prestado por el Gobierno americano á nuestra causa nacional impidiendo la venida de voluntarios austriacos en 1866, fué un servicio positivo, pero de importancia bien escasa. Mil doscientos voluntarios austriacos detenidos en Trieste, cuatro mil que se decía estaban ya enganchados, diez mil, que era el máximum de la proyectada recluta, no habrían conseguido—aun suponiendo que Maximiliano hubiera podido pagar su soldada, y aun concediéndoles una organización y disciplina veteranas—no habrían conseguido, repetimos, lo que no habían logrado cuarenta mil franceses de la flor y nata del ejército imperial!

\*  
\*  
\*

Réstanos aún dar á conocer la más curiosa de esas particularidades que, agrupadas en este Capítulo, servirán para la mejor inteligencia de la aparatosa política de Seward. Ella nos presentará la arrogancia y altanería del diplomático americano, respecto de Francia, trocada en timorata complacencia, al grado de desear que, ni por los demás, se usaren expresiones duras contra Napoleón ó Maximiliano.

El 27 de Diciembre de 1866, cuando resonaba aún el lenguaje altanero usado por Seward en su famosa Nota de 23 del mes anterior, tuvo lugar su cuadragésima conferencia con D. Matías Romero. Al dar cuenta de lo acaecido en ella, se expresa así nuestro Ministro en Washington: «Me

dijo, además, que en la nota que dirigí al Departamento de Estado el 22 del actual, de que envié á V. copia con mi oficio núm. 873 de la misma fecha *había algunas expresiones duras contra el gobierno francés y Maximiliano*, y que *en el estado crítico de las relaciones con Francia* y en el muy delicado que guarda la cuestión mexicana, *me agradecería mucho que consintiera yo en moderarlas*. Esto me hizo conocer que *ahora le parece irrespetuoso para la Francia* EL QUE ÉL RECIBA COMUNICACIONES EN QUE SE CALIFIQUE CON JUSTICIA LA CONDUCTA DE SU EMPERADOR, y como en este punto nada ganamos con desatender á sus deseos, y por el contrario, nos conviene ceder á sus indicaciones, no vacilé en decirle que revisaría mi nota citada. Esto también me hará cambiar algo de tono, en lo futuro, al hablar del gobierno francés en mis comunicaciones al de los Estados Unidos.»

Las expresiones duras que así alarmaban á Seward, temeroso de herir, con sólo recibirlas, las susceptibilidades francesas, estaban muy lejos de ser injuriosas, y es muy censurable la complacencia con que D. Matías Romero se prestó á moderarlas; pues, aunque él creyera que nada ganábamos con desatender los deseos de Seward, lo cierto es que, atendiéndolos, sí perdíamos en decoro y dignidad, puesto que ese cambio equivalía á confesar que se había usado de un lenguaje indebido. Y esa complacencia del Sr. Romero es tanto más censurable, cuanto que Seward, durante todas las negociaciones seguidas para la retirada del ejército francés, había tratado con tal desdén á nuestro Ministro que ni siquiera le había mostrado las Notas cambiadas, respecto á un asunto que nos interesaba tanto, entre las Cancillerías de París y Washington.<sup>1</sup>

En la Nota con que D. Matías Romero substituyó la que

<sup>1</sup> En nuestras Cartas á «El Tiempo» motivadas por los dos grandes errores de «El verdadero Juárez» hemos dado á conocer la falta de tino con que D. Matías Romero provocó la malquerencia de Seward hácia su persona, causa del desdén á que acabamos de aludir.

había parecido dura á Seward, hizo los siguientes cambios: «las vacilaciones del *usurpador*,» por «las vacilaciones de *su autor*»; «para salir con menos *ignominia* de la difícil posición á que lo han reducido su ambición y la mala conducta de sus protectores,» por «salir con menos *mengua* de la difícil posición en que se encuentra.» «Y así siguió suprimiendo todas las palabras que juzgó duras, tales como *usurpador*, *usurpación*, etc., y modificando todas las frases que le parecieron de esa índole, como aquellas en que decía «*que nadie creía* lo que aseguraba Maximiliano respecto á haber sido electo por el pueblo;» «que *confiesa ahora* que tiene que apelar á ese mismo pueblo para saber si consiente en que siga haciendo el papel que representa;» que «bien debe comprender el ex archiduque que el pueblo mexicano no se prestará á autorizar *esa nueva farsa electoral*.» Además, suprimió por completo las siguientes: «Pero se conoce que Maximiliano desea intentar este nuevo recurso—la convocación de un Congreso—solamente con el fin de aparentar que respeta la voluntad del pueblo mexicano, para poder retirarse á Europa con algún mediano prestigio. En este caso haría patente que si no pudo establecerse en México, fué porque la Nación lo rechazaba, y no por su *ineptitud é incapacidad para dominar la situación*, QUE ES EL MOTIVO QUE ALEGA EL GOBIERNO FRANCÉS al explicar el mal éxito de la expedición. En este caso vemos al Emperador de los franceses y á su agente Maximiliano, tratando de hacer recaer el uno sobre el otro, la responsabilidad del mal éxito de la empresa que ambos acometieron de consuno.»

Es evidente que D. Matías Romero, dió á los simplemente indicados deseos de Seward, un alcance exageradísimo. Si, como era natural, hubiera preguntado nuestro Ministro al Secretario de Estado, cuáles eran esos términos que deseaba fuesen moderados, no habría oído citar el de *usurpador* y *usurpación*; puesto que el mismo Seward se fundaba, para exigir la retirada de las tropas francesas—en tiempo

más ó menos largo—en el hecho substancial de la usurpación; en que el Emperador había sido impuesto por las armas extranjeras y no llamado por la voluntad nacional! En este concepto, es claro que Seward no podía pretender que nuestro Ministro dejase de llamar usurpador á Maximiliano. Pero, aun suponiendo ese absurdo, como lo hizo el Sr. Romero, ¡jamás debió de callar ese justo y merecido calificativo el Representante del Gobierno legítimo de la República Mejicana!

A nuestro juicio, referíase Seward á la palabra *ignominia*, calificativo de la manera con que saldría Maximiliano de la posición en que se hallaba; á las de *ambición* y *mala conducta de sus protectores*, presentadas como causales de esa misma posición; y á la *ineptitud é incapacidad* de Maximiliano, alegadas por el Gobierno francés—según la expresión de D. Matías—como motivo del fracaso de la Intervención. Aun así, hay que convenir en que habíase vuelto muy timorata la arrogante política del Secretario de Estado de la Unión americana, á quien alarmaban, *por el estado crítico de las relaciones con Francia*, las palabras severas, pero justas, contenidas en una Nota del Plenipotenciario mejicano!

El 27 de Diciembre, día de la citada conferencia, sabía de cierto Seward que Napoleón pensaba formalmente retirar sus tropas en Marzo, según lo había manifestado al variar su primitiva resolución—pues ya estaba firmado el contrato con la «Compañía Transatlántica» para el envío de los «Transportes,» que habían de repatriar al Ejército expedicionario. Pero, Seward sabía también de cierto, que si se hería demasiado la susceptibilidad imperial francesa, la salida de las tropas se retardaría, como claramente lo indicaba la Nota de Moustier á Berthemy. La repatriación en Marzo del Cuerpo expedicionario francés llenaba anticipadamente las exigencias de Seward y aparecería como un

triunfo de su política. Importábale, pues, evitar con cuidadoso esmero que una circunstancia fortuita, cualquiera que fuese, viniera á retardar la evacuación de Méjico. Así, y sólo así se explica que se trocara en timidez, la arrogante, aunque aparatosa, política de Seward.

## VIII

## Las extravagancias del señor Bulnes.

Los infundados ataques al Benemérito de América, contenidos en «El Verdadero Juárez,» acaparando la atención pública, han impedido que ésta se fije en otros de los manifiestos errores en que ha incurrido el anatematizado autor de la obra mencionada.

Es bien sabido que el Sr. Bulnes tiene afán inmoderado de originalidad, aun cuando para lograrla tenga que pregonar positivos absurdos; y es asimismo bien sabido que el Sr. Bulnes, por hacer gala de portentoso ingenio, cae á menudo en extravagancias risibles, que apenas pueden salvar del ridículo su fácil galanura de estilista y su punzante ironía de satírico.

En «El verdadero Juárez» no se menciona un solo verdadero hecho ni se formula un solo argumento que indiquen ó demuestren de parte de los Estados Unidos, fuera de la acción diplomática de Seward, el menor auxilio prestado á nuestra Patria durante la invasión francesa. Aun hay más, el Sr. Bulnes reprocha á D. Benito Juárez que tratara de poner en peligro nuestra independencia, pactando una alianza ofensiva con los Estados Unidos ó formando un Cuerpo de Ejército auxiliar con voluntarios americanos; y, santificando la egoísta política del Ministro de Lincoln y de